



**GERHARD
WEINBERG**

**LA
SEGUNDA
GUERRA
MUNDIAL**

UNA HISTORIA ESENCIAL

CRÍTICA

Índice

- Portada
- Introducción
- 1. Los años de entreguerras
- 2. Empieza la segunda guerra mundial
- 3. La guerra en el oeste: 1940
- 4. La operación Barbarroja: la invasión de la Unión Soviética
- 5. Japón extiende la guerra con China
- 6. Cambio de curso: otoño de 1942-primavera de 1944
- 7. La evolución del frente interno y los avances tecnológicos y médicos
- 8. La victoria de los Aliados, 1944-1945
- Conclusión
- Lecturas adicionales
- Índice de mapas
- Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Introducción

Durante décadas el 11 de noviembre se recordó como el día en el que, en 1918, cesaron los combates de la que por mucho tiempo se conoció como «la Gran Guerra», el conflicto al que hoy llamamos primera guerra mundial. Tanto el recuerdo del fin del conflicto que arrasó el mundo desde 1914 hasta 1918 como el nombre que recibió en su momento reflejan la enormidad sin precedentes de las bajas y la destrucción causadas por la confrontación. Antes de 1914 había habido guerras en extremo sangrientas, y algunas de ellas habían incluido combates en tierras y océanos repartidos por todo el mundo, pero ninguna había arrastrado a tantísimos países y territorios coloniales, involucrado directa o indirectamente a una proporción tan grande de la población del planeta ni acabado con la vida de un número tan vasto de personas al tiempo que deshacía imperios y dinastías. Si el final de la confrontación produjo un alivio tan grande y trajo la esperanza generalizada de que nada similar volvería a ocurrir nunca, es inevitable preguntarse cómo fue que apenas veinte años después de 1918 la experiencia casi se repite y por qué apenas un año después empezó efectivamente una segunda conflagración mundial.

Algunos estudiosos de la segunda guerra mundial sostienen que esta empezó en realidad en 1931 con la toma de Manchuria por los japoneses, o en 1935 con la invasión italiana de Abisinia (Etiopía), o en 1936 con el estallido de la guerra civil española, o en 1937 con el comienzo de las hostilidades abiertas entre Japón y China. El punto de vista que adoptamos aquí es que esos fueron conflictos de un tipo diferente. Las dos fechas relativas a Asia oriental marcan la reanudación de los impulsos expansionistas locales de Japón; la operación en el África nororiental fue la reanudación de la expansión colonial de Italia; la guerra civil espa-

ñaola empezó y siguió siendo hasta el final un conflicto limitado a las fronteras de ese país. Aunque en todos estos casos otras potencias proporcionaron ayuda a uno u otro bando, en ninguno participaron de forma abierta más países que los directamente involucrados. Es cierto que Japón, en diciembre de 1941, se sumó de forma deliberada al conflicto más amplio iniciado por Alemania en 1939, pero esa decisión, que examinaremos en el capítulo 5, no había sido en absoluto tomada con antelación. Desde 1945 ha habido guerras entre países particulares y guerras civiles dentro de distintos países, pero, por fortuna, no ha habido hostilidades militares de alcance mundial.

Si para los fines de este estudio la guerra reseñada comenzó en 1939, ¿por qué hemos de considerarla una guerra mundial desde el comienzo en lugar de una guerra europea que, como muchos de los conflictos precedentes, se convirtió en guerra mundial solo a partir de 1941? Aunque la guerra empezó en Europa, la confrontación tuvo desde el principio aspectos mundiales e involucró a una gran cantidad de países. Alemania, que fue la nación que empezó el conflicto, tenía ambiciones que abarcaban el mundo entero, como veremos en el capítulo 1. Entre los Aliados figuraban desde un primer momento Canadá, Australia y Nueva Zelanda, y la Unión Sudafricana se sumaría a ellos pocos días después. Los imperios coloniales de Francia y el Reino Unido también se vieron involucrados desde el principio, como lo demuestran los soldados de las colonias francesas en África que combatieron en Francia (donde tras la rendición miles de ellos serían fusilados por los alemanes) o el ejército de voluntarios reclutado en la India, el más grande de su tipo de todo el conflicto. Aunque la participación de Italia no comenzó hasta junio de 1940, esta trajo consigo una implicación más directa del continente africano; y es imposible desconocer que el levantamiento antibritánico en Irak y los combates que tuvieron lugar en Siria en mayo y junio de 1941 ocurrieron en Asia.

También la guerra en los océanos fue mundial desde el principio. Basten dos ejemplos: la batalla entre el acorazado de bolsillo alemán *Graf Spee* y los cruceros británicos *Exeter*, *Ajax* y *Achilles* frente a las costas de Uruguay en diciembre de 1939, y la ayuda que la Unión Soviética proporcionó a Alemania en 1940 al permitirle enviar a través de la ruta del Ártico, siguiendo la costa norte de Siberia, un crucero auxiliar destinado a hundir buques aliados en el Pacífico. Tanto la campaña submarina alemana como los esfuerzos británicos por interceptar los barcos mercantes alemanes tuvieron también como escenario el mundo entero.

Una vez que aceptamos que la segunda guerra mundial empezó en septiembre de 1939 con la invasión alemana de Polonia y terminó en septiembre de 1945 con la rendición de Japón, la pregunta es cómo llegó a darse un conflicto de semejantes proporciones. Aunque existen debates interminables acerca de quién fue el responsable del estallido de la primera guerra mundial, muy pocos han cuestionado la responsabilidad de Alemania en el inicio de la segunda guerra mundial. Una cuestión importante, en la que nos concentraremos en el capítulo 1, es cómo pudo ocurrir algo así en un mundo en el que el recuerdo de la terrible guerra anterior estaba sumamente vivo en la memoria de todos los adultos que habían sobrevivido a ella. Dado que Alemania empezó la guerra esperando ganarla, y por un tiempo pareció tener una posibilidad razonable de alcanzar ese objetivo, ¿cómo fue que los Aliados terminaron ganando? De esa cuestión se ocuparán los capítulos posteriores. Lo hacen a través de una exposición que incluye tanto a aquellos países que se involucraron de parte de Alemania como a los que se pusieron de parte del Reino Unido y Francia, ya sea cuando fueron atacados, como la Unión Soviética y Estados Unidos, o por decisión voluntaria, como Italia, Japón, Hungría, Finlandia, Rumanía y Bulgaria, por un lado, y la mayoría de los países del hemisferio occidental, por otro.

Dado que la guerra creció hasta convertirse en el mayor conflicto de su tipo en la historia de la humanidad, tendremos que examinar también los cambios que la guerra causó dentro de los países beligerantes y los imperios que algunos de ellos tenían antes de involucrarse en la confrontación. Asimismo hemos de decir algo acerca de los cambios espectaculares que la guerra trajo consigo tanto en materia de armamento, por un lado, como de medicina y tecnología, por otro. El ordenador en el que escribo el texto de este libro, por ejemplo, ilustra a la perfección la forma en que las nuevas tecnologías desarrolladas y aplicadas durante la segunda guerra mundial inciden hoy en nuestra vida cotidiana y seguirán haciéndolo en el futuro.

1

Los años de entreguerras

La conferencia de paz de 1919

Los representantes de las potencias vencedoras que redactaron los tratados de paz con Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria y el sucesor del Imperio otomano tuvieron que enfrentarse a numerosos problemas de gran complejidad. Qué trato debía darse a las Potencias Centrales derrotadas; cómo lidiar con los nuevos Estados que emergieron de las ruinas de los Imperios ruso, austrohúngaro y otomano; cómo manejar el conflicto entre China y Japón por la antigua colonia alemana en China; qué hacer con el resto de las colonias alemanas; y cómo reducir el riesgo de que un desastre como el que acababa de terminar ocurriera de nuevo. Resulta útil ver muchos de estos rompecabezas como distintas facetas de una misma cuestión fundamental (algo que la bibliografía sobre la conferencia de paz de 1919 rara vez menciona): cómo reorganizar Europa y los territorios de otras partes del mundo en un momento en que el principio nacional sustituía al principio dinástico como supuesto básico de la territorialidad. Este era un problema que no habían tenido que plantearse los encargados de pacificar el continente en 1815 tras los trastornos ocasionados por la Revolución francesa y las guerras napoleónicas. Muchos de los participantes en la conferencia de París pensaban que el conflicto que acababa de concluir era en gran medida consecuencia del fracaso para adaptarse al principio nacional, obvio en las guerras de los Balcanes de comienzos del siglo xx y en el enfrentamiento entre Serbia y Austria-Hungría.

Los esfuerzos de los diplomáticos por abordar esta cuestión fundamental (cómo facilitar el paso de los Estados basados en la lealtad a una dinastía a los Estados fundados en la identidad nacional de su pueblo) no fueron del todo

justos o razonables, pero rara vez han recibido el reconocimiento que merecen. El número de pueblos europeos que creían estar sometidos a gobernantes desde su punto de vista extranjeros se redujo enormemente después de la guerra. Además, había tres aspectos del acuerdo de paz considerado en su conjunto que encajaban dentro de este esfuerzo de ajuste y como tales debería entenderse. Varios de los nuevos Estados europeos fueron obligados a firmar tratados en los que prometían respetar los derechos de las minorías nacionales residentes dentro de sus fronteras. Este sistema de protección de las minorías nacionales no funcionó tan bien como sus creadores esperaban, pero su empeño por conseguirlo merece reconocimiento. La segunda característica del acuerdo de paz que encaja dentro de la idea de ajustar las fronteras a la nacionalidad fue que estipulaba la celebración de plebiscitos en varias áreas de Europa para que sus habitantes votaran con qué nacionalidad se identificaban, con la intención de que las preferencias que expresaran se reflejaran luego en el trazado de las nuevas fronteras. Esto también generó problemas, pero, una vez más, la idea es digna de elogio.

El tercer aspecto del acuerdo de paz que apuntaba al nuevo enfoque de concentrarse en los gobernados antes que en los gobernantes resulta visible en las disposiciones sobre el Imperio colonial alemán y las porciones no turcas del Imperio otomano. Unas partes muy pequeñas de las colonias alemanas, Camerún y Togo en África occidental, se incorporaron a las colonias británica y francesa adyacentes, y un trozo minúsculo del África oriental alemana (Tanzania) se añadió a la colonia portuguesa de Mozambique; sin embargo, el grueso del Imperio colonial de Alemania se convirtió en lo que se denominó «mandatos», al igual que las partes del Imperio otomano asignadas al Reino Unido y Francia. Los mandatos se clasificaron en tres categorías: los A, de los que se esperaba que pudieran convertirse en estados independientes relativamente pronto; los B, en los

que se preveía que este proceso fuera más prolongado; y los C, de los que era posible esperar que estuvieran bajo control extranjero por un largo tiempo. La administración de esos territorios se encomendó a los distintos países vencedores hasta que estuvieran en condiciones de alcanzar la independencia, y se esperaba que los nuevos gobernantes rindieran cuentas sobre ello a un comité especial de la organización internacional recién creada. Hay una diferencia significativa entre este procedimiento y el empleado anteriormente en otros conflictos internacionales, en los que territorios como ciertas partes de la India, Canadá y otras áreas del hemisferio occidental, Asia y las islas del Pacífico se transfirieron de un Imperio colonial a otro sin considerar siquiera la posibilidad de que sus habitantes pudieran preferir en algún momento ser gobernados desde su propia capital y no desde Londres, París, Madrid, Lisboa, Washington, Tokio, Roma o cualquier otra metrópoli.

Otras dos innovaciones son dignas de mención. En primer lugar, se creó una nueva organización internacional denominada la Sociedad de las Naciones, algo para lo que la influencia de Estados Unidos fue decisiva. La carta del nuevo organismo, conocida como «el Pacto», se introdujo en el texto de todos los tratados de paz como primera parte. La idea era que la terrible guerra que acababa de terminar hacía necesario abordar las relaciones internacionales desde una nueva perspectiva con la esperanza de impedir que se repitiera un conflicto semejante. Habría un nuevo foro internacional permanente en el que sería posible discutir toda cuestión que resultara acuciante en su momento; un mecanismo para velar por las minorías, cuidar de los mandatos y celebrar plebiscitos; y una forma de protección colectiva de la independencia de cada miembro de la organización. Si bien la Sociedad de las Naciones no funcionó tan bien como se esperaba, el concepto introdujo en las relaciones in-

ternacionales un nuevo elemento que repercutiría en la forma de pensar de los pueblos y los líderes políticos durante el resto del siglo.

La otra innovación fue la inclusión en el tratado de paz con Alemania de una cláusula para juzgar a los criminales de guerra. Esta fue una de las disposiciones más detestadas por los alemanes y, al final, en lugar de juicios internacionales, la responsabilidad recayó sobre un tribunal alemán con sede en Leipzig. Los juicios celebrados allí resultaron ser una farsa, y eso hizo que se utilizara un enfoque diferente durante y después de la segunda guerra mundial; pero, una vez más, el concepto introdujo un nuevo elemento en la forma de pensar acerca de los horrores de la guerra. Tras la llegada al poder de los nacionalsocialistas, el capitán de un submarino que había torpedeado un buque hospital y luego ordenado que se ametrallara los botes salvavidas de los supervivientes podía abrigar la esperanza de hacer una gran carrera militar en Alemania, pero el tratado de 1919 demostró que existía una nueva forma de considerar conductas semejantes.

Dado que tanto Austria-Hungría como el Imperio otomano desaparecieron al final del conflicto, el tratado de paz con Alemania era el de mayor trascendencia de todos. Fue en él donde el cambio del principio dinástico por el principio nacional se reveló al mismo tiempo más importante y más polémico. Aunque Alemania era la más nueva de las grandes potencias, pues existía desde hacía menos de medio siglo, el país no se dividió. Estaba claro que las personas que vivían en él pensaban en sí mismas como alemanes más que como prusianos, wurtembergueses, sajones o bávaros. Por un lado, se dispuso que Alemania debía devolver los territorios adquiridos en el último siglo y medio a sus anteriores propietarios: Francia, Dinamarca y Polonia; sin embargo, no se entregó a los vencedores ninguna zona

significativa del territorio que estuviera con claridad habitada por alemanes. Estas decisiones de los pacificadores planteaban cuestiones de suma importancia para el futuro.

En relación con la devolución de tierras a Dinamarca y Polonia, se dispuso la celebración de plebiscitos en aquellas áreas en las que había dudas sobre el trazado de la nueva frontera, algo que también se estipuló para el caso del Sarre, un territorio que se separaría de Alemania durante quince años. La devolución de los territorios tomados a Polonia suscitó objeciones muy violentas en Alemania. En las tres particiones de Polonia que tuvieron lugar en 1772, 1793 y 1795, los gobernantes de Brandeburgo-Prusia se habían apropiado de grandes áreas del país en un proceso que acercó Rusia a Europa central y, en un principio, creó un corredor este-oeste que conectaba Brandeburgo y Prusia. La devolución a Polonia de gran parte de las tierras tomadas por Alemania, lo que, como ocurría antes de 1772, implicaba un corredor norte-sur, enfureció a muchos alemanes pese a que Polonia existía como Estado mucho antes que Alemania. Un aspecto de esa indignación tuvo una importancia enorme tanto entonces como en las décadas posteriores. Muchísimos alemanes pensaban que los polacos y otros pueblos eslavos de Europa oriental eran inferiores desde un punto de vista racial y cultural. La idea de pedirle a esa población que votara si se sentían alemanes o polacos implicaba una equivalencia que muchos alemanes encontraban insultante, pues se consideraban pertenecientes a una categoría completamente diferente de seres humanos. Cuando la delegación alemana en la conferencia de paz convenció a los vencedores de realizar un plebiscito en la Alta Silesia, en lugar de transferir el territorio a Polonia como originalmente se planeaba hacer, con la esperanza de que la región pudiera dividirse, como al final ocurrió, muchos alemanes no lo interpretaron como un triunfo importante de su equipo negociador sino como un insulto más al concepto que tenían de sí mismos. El hecho de que mu-

chos de los estados alemanes como Prusia, Baviera y Oldemburgo hubieran sido y continuaran siendo territorios no contiguos hasta 1945 se pasó por alto una y otra vez.

Otro aspecto de gran importancia fue la discusión acerca de la frontera occidental de Alemania y la forma en que la conferencia de paz la resolvió. Dado que Francia había sido invadida dos veces por los alemanes en el pasado reciente, en 1870 y en 1914, a los franceses les preocupaba una posible agresión alemana en el futuro (una preocupación similar a la que muchos países europeos abrigaban respecto a Francia en 1815). La opción de separar la Renania de Alemania y crear un Estado aparte se consideró seriamente, pero si bien eso podía servir para proteger a Francia de una invasión alemana, implicaba una violación drástica del principio nacional. Por insistencia de las delegaciones británica y estadounidense se decidió que la Renania permaneciera dentro de Alemania mediante la implementación de acuerdos diseñados para ofrecer una protección alternativa a Francia y Bélgica. Las tierras al oeste del Rin y una franja de cincuenta kilómetros al este de él habían de desmilitarizarse y permanecer así. Además, el Reino Unido y Estados Unidos firmaron tratados de garantías con Francia comprometiéndose a acudir en su ayuda en caso de que Alemania la invadiera. Se consideró que estos acuerdos proporcionarían seguridad a Francia al tiempo que se respetaba el principio nacional. Alemania conservaría la región, pero descartaría atacar a Francia pues ello automáticamente la llevaría a la guerra con el Reino Unido y Estados Unidos. Asimismo, la zona desmilitarizada obligaría a Alemania a respetar la independencia de Polonia y de los pequeños Estados que habían surgido de la división del Imperio austrohúngaro, pues funcionaba como una puerta abierta para una invasión desde el oeste. Por desgracia, la negativa del Senado estadounidense a ratificar el tratado de garantías y, a continuación, la negativa del Reino Unido a ser el único garante contribuirán al derrumbamiento de la